

The Standard Bearer

El Portaestandarte

Setiembre, 2024 • Volumen 100 • No. 20 y 21

The Standard Bearer (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación quincenal, excepto durante junio, julio y agosto que es mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimprimos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos. Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación. Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: www.rfpa.org

Página web de la PRC : www.prca.org

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

Oficina editorial

Prof. Barry Gritters
4949 Ivanrest Ave SW
Wyoming, MI 49418
gritters@prca.org

Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga
1894 Georgetown Center Dr
Jenison, MI 49428-7137
616-457-5970
dwright@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal
correo electrónico: jorge.carbajal.a@hotmail.com

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite www.rfpa.org para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a mail@rfpa.org.

Contenido

Meditaciones

- 2 **Imitadores de Dios**
Rev. Stephan Regnerus
- 5 **Lamentación y Jubilo**
Herman Hoeksema



REFORMED
FREE PUBLISHING
ASSOCIATION



IMITADORES DE DIOS

REV. STEPHAN REGNERUS

Pastor de Hull PRC en Hull, Iowa

Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. —Efesios 5:1, 2

Somos, por naturaleza, imitadores unos de otros. Nos parecemos a las personas más cercanas a nosotros. Los hijos se parecen a sus padres; los miembros de la iglesia tienden a vestirse y hablar de manera similar; los estudiantes imitan a los profesores y compañeros de clase.

Si bien es cierto que naturalmente imitamos a nuestros semejantes, no somos, por naturaleza, imitadores de Dios. De hecho, por nosotros mismos no queremos tener ningún parecido con Dios. El evangelio es una locura para nosotros; es propio de la naturaleza humana avergonzarse tanto del evangelio como del Dios que nos los ha dado. El apóstol Pablo comprendió esta realidad, por lo que, por inspiración del Espíritu Santo, exhortó a los santos de Éfeso a imitar a Dios.

EL LLAMADO

El mandato, tal como lo leemos en la versión Reina Valera, es: “Sed, pues, imitadores de Dios”. Seguir a alguien es caminar tras sus pasos; es poner nuestros pies en sus pisadas. Los israelitas del Antiguo Testamento hicieron esto, literalmente, durante los cuarenta años de su peregrinaje por el desierto. El ganado y los carros, los padres y los hijos, seguían la presencia del Señor en la columna de nube. Esta era la forma de vida para ellos. Desviarse de la presencia del Señor y de la nación de Israel significaría una muerte segura en el desierto.

Pero hay algo más en la idea de seguir a Dios. Literalmente, la idea de la palabra en el original es imitar a Dios. La palabra griega es *mimeteys*, de la cual recibimos la palabra inglesa *mimic*. Debemos observar a Dios, aprender de Él y luego emular sus palabras y acciones santas.

¡Es asombroso que las Escrituras nos llamen a imitar a Dios! Casi parece fuera de lugar sugerir tal pensamiento. ¿Quién tiene el poder de conocer, y mucho menos de imitar a Dios? ¿No tentó el Diablo a Eva para que comiera del fruto a fin de que ella y Adán fueran como dioses, conociendo el bien y el mal? Tal vez, podríamos entender mejor si se nos ordenara imitar al *prójimo*. Imitar al hombre podemos entenderlo, porque al prójimo lo podemos conocer.

Pero para imitar a Dios, ¿quién es digno? ¿Quién es capaz? Zofar, consejero de Job, preguntó retóricamente: “¿Descubrirás tú los secretos de Dios? ¿Llegarás tú a la perfección del Todopoderoso? Es más alta que los cielos; ¿qué harás? Es más profunda que el Seol; ¿cómo la conocerás?” (Job 11:7-8). ¿Y ahora debemos imitarlo? Incluso los ángeles en la presencia de Dios se cubrían el rostro con las dos alas y clamaban: “Santo, santo, santo, es el SEÑOR de los ejércitos. Toda la tierra está llena de su gloria” (Is. 6:3). Isaías, conmovido

por el conocimiento de su pecado, exclamó: “¡Ay de mí! que soy muerto, porque siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Is. 6:5). Incapaces de comprender al Todopoderoso, y además pecadores, ¿cómo podemos siquiera empezar a imitarlo?

Hay ciertos aspectos en los que no podemos y nunca podremos imitar a Jehová. Él es el Creador exclusivo que, con sabiduría, hizo los cielos y la tierra. Él es el Dios independiente, el autosuficiente, el “Yo soy el que soy”, que no necesita nada ni a nadie fuera de sí mismo. Él es infinito, ilimitado en perfección, eterno y omnipresente. En estos aspectos, lo admiramos, pero no lo imitamos. Nos asombra su trascendencia, pero no la imitamos. Amamos la verdad de su providencia, pero no presumimos que al imitarlo podemos controlar igualmente todas las cosas en nuestra vida.

Más bien, imitamos a Dios únicamente en la medida en que Él nos da la capacidad para ello. Nuestro Dios del pacto se complace en compartir con nosotros algunas de sus perfecciones (lo que llamamos los “atributos comunicables”). Pedro enseña que Él nos hace “participantes de la naturaleza divina” (2 Ped. 1:4). Por el Espíritu de Jesucristo, Él crea dentro de nosotros su semejanza, de modo que, de una manera propia de la criatura, nos asemejamos a nuestro Dios. Estas son las perfecciones que a Jehová le complace compartir con nosotros, su pueblo.

Imitar a Dios es, pues, ser santo como Dios es santo. Es andar en la luz de sus mandamientos y no en las tinieblas de la rebelión. Es amar lo que es puro y recto y odiar lo que atrae al hombre a la impiedad.

Imitar a Dios tiene un impacto en nuestras relaciones. Significa que andamos en amor, como lo especifica el versículo dos: “Y andad en amor, como también Cristo nos amó...”. Así es como imitamos a Dios: amando a Dios y al prójimo. El amor no es egoísta, sino abnegado. El amor del cristiano sigue el modelo del amor de Cristo, quien se entregó como ofrenda y sacrificio. El amor es la actividad diaria de buscar el bien del prójimo, incluso cuando este no lo merece.

LA POSIBILIDAD

¿Cuál es la posibilidad de imitar a Jehová Dios?

Reconocemos la imposibilidad de hacerlo nosotros mismos. ¡Cuán exigente es este llamado! ¡Cuán lejos estamos de amar a Dios y al prójimo como deberíamos! Cada día nos enfrentamos a la realidad de que por naturaleza somos propensos a no amar, sino a odiar tanto a Dios como al prójimo. En ninguna parte de las escrituras nos aseguran que seguir a Dios será una vida fácil. Muchas veces Dios conduce a su pueblo a través de lugares difíciles. Durante cuarenta años, Israel siguió a Dios por el árido desierto hasta que toda una generación murió. La mayor parte de ese viaje no fue atractivo ni emocionante; hoy uno podría concluir que no era “digno de Instagram”. Incluso el maná que caía del cielo pronto se volvió odioso para sus papilas gustativas, y añoraron el ajo y los puerros de Egipto.

El texto nos enseña la posibilidad de imitar a Dios: esto es porque somos sus hijos. Hemos nacido de nuevo por el Espíritu a semejanza de Dios, de modo que le llamamos Padre Y Él nos considera como sus hijos. Los niños son enseñables. Los niños no piensan que lo saben todo (o al menos no deberían presumir que lo saben todo). Los niños entrarán al aula este otoño, y allí estará el maestro, al frente del salón. Y los niños saben que es su deber estar quietos y escuchar al maestro. El maestro los guiará a través de muchas materias diferentes, incluyendo historia, Biblia, matemáticas y ciencias. A medida que los estudiantes absorban la instrucción del maestro, se volverán cada vez más parecido al maestro.

Pero el texto va más allá: no sólo somos llamados hijos, ¡sino que somos Hijos *queridos!*, somos hijos amados, en quienes el Padre se complace. Somos parte de la familia de Dios, el objeto del amor del Padre. Él nos ama como a sus hijos adoptivos. Él nos demuestra su amor por medio de su Hijo unigénito, que es la imagen misma del Padre. El Hijo se entregó a sí mismo en el Calvario para que seamos hijos e hijas adoptivos. El Padre derrama sobre nosotros el Espíritu de Cristo, que da testimonio a nuestro espíritu de que

somos hijos de Dios, por lo que clamamos: «¡Abba, Padre!».

Como hijo de Dios, tienes vida dentro de ti. Se trata de una nueva vida que se da en la regeneración. Se trata de una vida espiritual — no visible para el mundo—, que proviene de tu unión con Jesucristo. Esta vida dentro de ti es poderosa; el diablo no puede apagarla. El hombre puede tropezar mientras se esfuerza por seguir a Dios, pero nunca caerá de la gracia.

No te sientas avergonzado, hermano cristiano, por el hecho de ser un hijo. ¡Eres hijo de Dios! Esto no es una crítica, sino un privilegio. No se trata simplemente de una etapa de la vida por la que uno está pasando. La lucha que muchos niños enfrentan es que no quieren seguir siendo niños. ¡Ellos quieren crecer! Desean las libertades y las habilidades que vienen con la madurez. Pero el apóstol no nos exhorta a dejar atrás la infancia. Una vez que eres hijo de Dios, siempre serás hijo de Dios.

Vivamos como los hijos de Dios. Seamos curiosos como lo son los niños. Que siempre estemos interesados en Dios, en su reino y en su revelación a nosotros en las Sagradas Escrituras. Acercuémonos a la casa de Dios con humildad y espíritu enseñable. Que habitemos en la casa del Señor con el deseo de “inquirir en su templo” (Sal. 27:4).

Vivamos siempre como parte de la iglesia. El texto no utiliza el singular; no habla del hijo solitario que sigue al Señor. El individuo independiente, egoísta y orgulloso trataría de hacer eso. Se imagina que no necesita la institución de la iglesia ni la comunión de los santos. Pero el texto utiliza el plural: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados”. No es en el aislamiento que crecemos en santidad, sino en el contexto de la comunidad del pacto, la iglesia de Cristo.

LA CONFIANZA

La confianza que tenemos es que nuestro Padre celestial, por amor a Jesús, está transformando y transformará a sus hijos a su propia imagen. Él nos hará ser fieles seguidores. “Esta es la voluntad de Dios: nuestra santificación”, afirma Pablo en 1 Tesalonicenses 4:3. La voluntad de Dios siempre es eficaz. Cada vez más, Dios nos cambia, para que no nos parezcamos a este mundo, ni a los ídolos de este mundo, ni a los llamados héroes de este mundo. Por el contrario, somos hechos para parecernos a Dios.

¡Qué hermosa es esta portadora imagen de Jehová! El fiel y sincero imitador de Dios irradia con una gloria santa. Su belleza no es el “adorno exterior de los peinados ostentosos y de los adornos de oro”, sino “el interior, el del corazón... el ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 Ped. 3:3-4). Este individuo temeroso de Dios brilla con la belleza de la santidad.

¡Cuán hermosa es esta persona para Jehová! Dios se deleita en aquellos que lo siguen. Los padres terrenales no tienen mayor gozo que oír que sus hijos andan en la verdad (3 Juan 4). ¡Cuánto más se deleita nuestro Padre celestial en aquellos que le siguen! Somos hechura de Dios; andemos en amor para honrar el nombre de Dios.